

y los meses pasaban sin traer en sus alas ni un acaecimiento.

## XXI

Cierto día, el músico Buyarov, amigo de la familia, vino á pasar en nuestra compañía la velada, y hablamos de música, arte y artistas, asuntos todos ellos que me recordaban á mi padre y revestían por esta causa un interés capitalísimo para mí.

Ya á la sazón era yo una niña bastante crecida, y me aleccionaban maestros de nota, pues querían hacer de mí una mujer de instrucción superior. Sin embargo sé decir que prefería á aquellas lecciones, á las que me aplicaba con toda mi voluntad, las de Alejandra Michailowna.

Recuerdo que me dieron un profesor de historia, pero no bien se iba, Alejandra y yo anudábamos la lección á nuestra guisa. Leíamos mucho, y más de una vez hasta media noche, ó mejor dicho Michailowna leía, pues ella era á un tiempo censor y lectora. A mí me entusiasmaban aquellos

relatos, y entrambas nos animábamos como si hubiésemos sido de ellos las heroínas. Verdad que más leíamos entre líneas que en el texto; y por otra parte Michailowna leía tan bien que parecía haber sido testigo presencial de los hechos.

No faltará tal vez quien halle ridícula aquella pasión por la lectura que nos tenía en vela hasta hora tan avanzada. Pero yo era una niña, y Alejandra un corazón lacerado que casi no podía con la carga de la existencia.

Michailowna hallaba en mi compañía una especie de reposo, y al mirarla en ocasiones con ademán imaginativo, presentía la vida, antes de haber yo misma empezado á vivir.

De esta suerte cumplí los trece.

El mal de Alejandra iba enconándose más y más; estaba más propensa á irritarse, y sus rebatos de desesperación se hacían más violentos. Su marido la visitaba con más frecuencia, y permanecía junto á ella más taciturno y más melancólico que nunca. Lo porvenir de la joven me inspiraba serios

temores. Habiendo dejado de ser niña, de mis observaciones deducía muchas cosas; con todo eso el misterio que pesaba sobre aquella casa, me preocupaba grandemente, sin que me fuese posible descubrirlo. Momentos había en que me parecía comprender, y otros en que permanecía indiferente, apática, tal vez irritada, y no pudiendo resolver los problemas planteados por mí á mí misma, olvidaba mi curiosidad. Con frecuencia sobre todo sentía una inexplicable necesidad de estar sola para meditar, meditar siempre.

Aquellos instantes me recordaban el tiempo donde, en casa de mis padres, antes de haberme convertido en la amiga de mi padre, pasé un año meditando sin pronunciar apenas una palabra, volviéndome del todo cerril en medio de los fantasmas de mi imaginación. La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impacencias, en mis angustias, en mis arranques inconscientes, en mi afán de movimiento que me hacían más descontentadiza que antes de la concentración de mis ideas.

Alejandra parecía evitar mi encuentro; y se explica, á mi edad casi no podía ser ya una niña para ella. La acribillaba á preguntas y á veces la miraba de tal suerte que la obligaba á bajar los ojos. Ella y yo pasábamos ratos de malestar profundo, y sobre todo, que conocía que me iba haciendo para ella una carga. En otras ocasiones, las más tristes y penosas, en un raptó de desesperación Michailowna me abrazaba y se esforzaba en hacerme partícipe de su destino; y es que su aislamiento le era ya insopportable y dábase á entender que yo la comprendería y compartiría con ella su pesadumbre.

Como no por eso el misterio dejaba de subsistir entre nosotras, me alejaba de Michailowna, cuya presencia llegaba á veces á serme intolerable. Además, aparte de la música, pocas cosas nos reunían. Ahora el médico no le permitía tocar el piano, y leer, le era cada día más difícil, pues no sabía qué escoger para mí. No habríamos pasado de la primera página; cada vocablo hubiera encerrado una alusión, y las frases

más inocentes un problema. Las dos evitábamos pues aquellas conversaciones ardientes.

Por aquel tiempo mi estado moral experimentó una profunda sacudida y tomó por fin una dirección más determinada.

Hé aquí cómo.

## XXII

El comedor tenía tres puertas: una comunicaba con el gran salón, otra con mi cuarto y el del niño, y la tercera con la biblioteca; que á su vez comunicaba con un estudio lindante con mi cuarto.

Un secretario de Pedro Alexandrowitch, al mismo tiempo su copista, solía ocupar aquella pieza donde estaban las llaves de los armarios y de la biblioteca.

Cierto día, después de comer, encontré en el suelo la llave de la biblioteca, y habiéndose apoderado de mi la curiosidad, abrí y entré.

Era, la biblioteca, una pieza de bastante capacidad, clarísima, con grandes armarios

guarnecidos de vidrieras y atestados de libros, la mayor parte heredados por Pedro Alexandrowitch; los demás los había adquirido Alejandra Michailowna. Hasta el día aquel sólo me habían permitido leer algunas obras cuidadosamente escogidas. Así pues me fué muy fácil adivinar que me escondían muchas cosas. Por eso, y pábulo de curiosidad irrefragable, trémula de miedo y de alegría, abrí el primer armario y cogí el primer libro que me vino á la mano: era una novela.

De regreso en mi cuarto, me encerré en él, pero no pude leer; otro era mi cuidado: ante todo me urgía hallar la manera de disponer de la biblioteca sin que nadie lo advirtiese. Aplacé pues la lectura para un momento más propicio, volví á su lugar la obra y me guardé la llave.

¡Me guardé la llave! Era la primera mala acción de mi vida. Dí tiempo al tiempo, y todo pasó á pedir de boca. El secretario, después de haber pasado la velada buscando la llave, envió al otro día por un cerrajero que labró otra.

El incidente no tuvo otras consecuencias, y pronto quedó olvidado.

Por precaución no volví á poner los pies en la biblioteca hasta ocho días después, y aun asegurándome previamente de que nadie sospechaba nada, y mientras el secretario estaba ausente.

Desde entonces me dí apasionadamente á la lectura. Todas mis aspiraciones, todos los ímpetus de mi adolescencia que habían desenvuelto con exceso mi espíritu, tomaron una dirección nueva que por largo tiempo me dí á entender había de fijar mi situación.

Pronto quedé tan fascinada, cobró tales vuelos mi fantasía, que parecí olvidar el mundo externo.

La suerte parecía detenerme en el umbral de la nueva vida que yo ansiaba escudriñar y en la cual soñaba día y noche. Mi destino, empero, antes de permitirme entrar en esta vía incógnita, me había empujado hasta una altura desde la cual me mostraba, en magnífico panorama, en una perspectiva halagüeña y luminosa, todo mi

porvenir, porvenir que yo había de vivirlo después de haberme enterado de él por los libros y visto en mis sueños, en mis esperanzas, en mis arranques apasionados, en las suaves emociones de mi alma juvenil.

Leí al acaso, y el acaso me sirvió bien por lo que hace á los dos primeros libros; además mi existencia había sido tan noble y tan austera, que me era imposible hallar atractivo alguno en lecturas malsanas. Mi instinto de niña, mi juventud y mi pasado me custodiaban. La conciencia me había como iluminado de un solo golpe toda la vida. Efectivamente, cuanto leía me parecía haberlo ya leído. ¿Y cómo no llegar hasta el olvido de lo presente, aislada como me hallaba, en cierto modo, de la realidad, cuando en todos los libros se encarnaban las leyes del destino y el afán de aventuras que aletea sobre la vida de los hombres? Y yo aplicaba todas las sobreexcitadas facultades de mi imaginación al descubrimiento de esa ley por mí sospechada.

La esperanza se arraigaba más y más en mi alma y mis ímpetus hacia lo venidero

eran cada vez más vehementes. Me aguijaba el deseo de participar de la vida descubierta por mí en mis lecturas y que me aparecía rodeada de todos los esplendores del arte, de todos los atractivos de la poesía. Pero, como ya dije, mi imaginación ejercía demasiado imperio sobre mi impaciencia; sólo era yo animosa en mis divagaciones, y en realidad lo venidero me asustaba. De acuerdo tácito con mi conciencia, me dije que tenía que contentarme con la descripción de aquellas seductivas invenciones hasta poder yo realizarlas en este mundo engañoso y novelesco en el que sólo vislumbraba alegrías y sublimidades, y en cual la desdicha, cuando me avenía á admirarla, representaba únicamente un papel pasivo, pasajero y necesario para hacer suaves contrastes, para provocar súbitas mudanzas de destinos evolucionando hacia los desenlaces venturosos, donde terminan invariablemente todas esas historias.

¡Y aquella vida divagadora que me aislaba completamente de cuantos me rodeaban pudo durar tres años!

Con todo eso aquella vida era mi misterio personal. Al acabar, aún no sabía yo si era ó no de temer el revelarla. ¡Y es que fué tan interna, tan personal mi existencia durante aquellos tres años!

Mi yo sobresalía por tal manera en todas mis divagaciones, que me aturdí y asustaba el pensar que una mirada extraña pudiese escudriñarme el alma. Por otra parte todos los de aquella casa vivían aislados, fuera de los demás, en monacal recogimiento.

Durante aquellos tres años nada se modificó en torno mío; la misma triste uniformidad de siempre batía sobre nosotros sus alas. Creo que de haber podido arrancarme, por mi actividad intelectual, de aquel centro de dejadez y de tristeza, quizás el disgusto y la desesperación me habrían arrojado á una vía fatal.

La señora Leotard, sobre la que iba haciéndose más y más grave el peso de los años, ya no salía de su habitación; los niños eran aún demasiado pequeños para interesarme; el marido de Alejandra Michailowna,

siempre el mismo, severo y ensimismado, me helaba de espanto. El misterioso abismo que lo separaba de su mujer era cada día más horrendo y más infranqueable, y Alejandra Michailowna se ahilaba como una planta tronchada, y se menoscababa sin causa aparente, como roída por espantoso remordimiento de que yo en vano buscaba adivinar la causa.

Una cosa sobre todo me llamaba poderosamente la atención, y es que Alejandra se iba alejando de mí á medida que yo avanzaba en edad, y que su disimulo se resolvía en impacencias nerviosas que me apesadumbraban. Días y momentos había en que aquélla me miraba con la más absoluta indiferencia y en que al parecer mi presencia la mortificaba.

Dije que yo misma había empezado á alejarme de Michailowna, y tan pronto lo hube hecho me volví melancólica y taciturna como los demás de la casa. A esto obedece el que no hubiese confiado á nadie cuanto pasé durante aquellos tres años, ni el vuelo que tomaron mis ideas á consecuencia de

mis meditaciones, mis estudios, mis esperanzas y mis apasionados anhelos.

Los pesares de Alejandra Michailowna me apegaban cada vez más á ella, y sin embargo nunca tuvimos un rato de verdadera expansión. No puedo ahora recordar sin lágrimas en los ojos cuánto Alejandra también me quería á mí y qué esfuerzos hubo de hacer para continuar hasta el fin el papel de madre que en pro de la desventurada huérfana se impusiera. Cierto es que su propia desdicha la separaba de mí con harta frecuencia, pareciendo que me olvidaba tanto más cuanto menos presente me hacía yo á su recuerdo. De esta suerte llegué á los diez y seis sin haberlo advertido nadie. En sus momentos de conciencia y lucidez, Alejandra Michailowna se interesaba repentinamente por mí, me arrancaba á mis lecciones y á mis quehaceres, me acribillaba á preguntas como si hubiese querido confesarme, y pasaba días sin apartarse de mí, esforzándose en adivinar mis inclinaciones y mis deseos. Pero ya se había deshabitado de mí, y como á menudo obraba can-

dorosamente, me era imposible no ver que aquella solícitud era anormal é inconstante. Vaya un ejemplo: al zumbarme los diez y seis, cierto día hojeó Alejandra mis libros para enterarse de lo que yo leía, y al ver que aun estaba en las lecturas de la infancia, se horrorizó. Adivinando su pensamiento, la observé atentamente. Por espacio de quince días me interrogó, me sondeó para conocer hasta dónde llegaban mis conocimientos y mis necesidades intelectuales. Por fin Alejandra se decidió, y sobre mi mesa pareció la novela de Walter Scott *IVANHOE*, que ya yo había leído hacía largo tiempo y quizá más de una vez. Al principio y en medio de temerosa expectación, Michailowna siguió mis impresiones y aun parecía que las pesaba y las temía. Establecida una especie de tregua, volvimos á nuestros mutuos entusiasmos, y tanto eso me alegró el alma, que ya no tuve fuerzas para esconderme de ella. Al acabar la lectura de la novela, Alejandra estaba maravillada de mí. Mis observaciones le parecieron todas atinadísimas y sensatos mis jui-

cios. En su concepto, mi saber era excesivo para mi edad. En su entusiasmo, Michailowna tornó á cuidar de mi educación y hubiera querido no apartarse más de mí; pero por desgracia no estaba en su mano. Una recaída en su mal volvió á separarnos; luego siguió una perturbación de abatimiento que hizo renacer su desconfianza y quizá le endureció el corazón.

Sin embargo, aun durante este período, gozamos ambas más de un buen rato: la lectura, la conversación afectuosa y la música todavía nos reunían y á menudo nos abstraían de nuestras pesadumbres; *ex abundantia cordis* nos confesábamos una á otra, y después, de golpe y tras las más íntimas expansiones; volvía á enseñorearse de nosotras la mútua frialdad.

Cierto día, poco antes de anochecear, estaba yo leyendo distraidamente en el gabinete de Alejandra Michailowna. La cual, sentada al piano, improvisaba sobre uno de sus temas italianos predilectos. Al llegar aquélla á un motivo melódico que me era familiar, arrebatada por el canto que me

conmovía el alma, me puse tímidamente á tararearlo y me acerqué al piano. Alejandra, como si me hubiese adivinado, dejó de tocar para ella sola, y con afectuosa atención acompañó las notas que yo emitía. Michailowna parecía estar asombrada de la extensión de mi voz. Hasta entonces nunca había cantado yo en presencia de mi amiga y ni siquiera sabía si tenía lo que llaman voz; ahora bien, animándome, y sobreexcitadas mi energía y mi pasión por la grata sorpresa de Alejandra Michailowna, sorpresa que yo echaba de ver en el modo como aquella tocaba los acordes, fui gradualmente *rinforzando*, y terminé el trozo con tanto ímpetu y vigor, que Alejandra me abrazó, me miró enagenada y exclamó:

—Tienes una voz maravillosa. ¿Cómo no lo he advertido hasta ahora?

—Tampoco yo hasta ahora lo había advertido, dije con el corazón henchido de gozo.

—Da gracias á Dios, querida hija mía, dale gracias por este dón. Quién sabe... ¡Válgame Dios!

Tan conmovida y gozosa estaba Alejandra por aquel descubrimiento, que no sabía qué decirme ni cómo acariciarme. Fué aquel uno de esos momentos casi embriagadores de sincera franqueza y de ardiente simpatía como hacía tiempo no los habíamos pasado. Aquella profunda alegría llegó á tomar las proporciones de una fiesta.

Michailowna envió por Bavarov, y entre tanto abrimos al acaso otro cuaderno de música que me era más conocido, y empecé á cantar una pieza. Ahora la timidez me hacía temblar; me asustaba la idea de que un fracazo destruyese la primera impresión por mí producida. Pronto, empero, me alentó y me sostuvo mi voz, cuya robustez y extensión me asombraban á mí misma. Aquella segunda experiencia dispuso todas las dudas. Alejandra, en su exaltación y en su impaciencia, mandó llamar á sus hijos y á sus criadas, y fué ella misma por su marido y lo obligó á salir de su gabinete, lo cual, en cualquiera otra circunstancia, no se hubiera atrevido á hacer ni por pensamiento. Pedro Alexandrowitch recibió la

nueva con benevolencia, y al felicitar me dijo ser menester que me aplicasen al estudio. Alejandra, agradecida, besó las manos á su marido, como si éste le hiciese un gran sacrificio.

Por fin llegó Bugarov, el cual se mostró satisfechísimo.

El anciano artista, que me quería mucho, y se acordaba de mi padre y de mi pasado, cantado que hube dos ó tres piezas en su presencia, dijo con ademán grave, inquieto y aun misterioso, que yo estaba admirablemente dotada y tenía ya talento, y por vía de conclusión añadió que era indispensable que me aplicasen al estudio. Luego é indudablemente imaginando que tal vez el prodigarme aplausos al principio podría ser peligroso, ambos parecieron desdecirse de lo que dicho habían, cruzando señales de inteligencia, y toda la conversación que á esto siguió, dirigida contra mi amor propio, fué extraordinariamente ñoña y cándida. A mí me retozaba la risa en el cuerpo al verlos, después de cada nueva melodía, esforzarse en disimular sus impresiones y hacer

reparos sobre mis defectos, que adrede exageraban. Pero no pudieron sostener largamente la comedia. Bugarov fué el primero en venderse y, á pesar de él, su contento lo humanizó. Nunca hubiera creído que me quisiese tanto. Toda la velada la conversación fué amigable y afectuosa. Bugarov nos contó la mar de anécdotas referentes á cantores y actores célebres, con la vehemencia propia de los artistas al hablar de maestros venerados.

Después de haber dedicado un recuerdo á mi padre, recayó la conversación en mí, en mi infancia, en el príncipe y en toda su familia, de la cual ninguna nueva había llegado, desde nuestra separación, ninguna nueva á mis oídos, ni tampoco á los de Alejandra Michailowna. Bugarov, que hiciera á Moscou más de dos viajes, nos dió noticias de ellos; y aquí la conversación tomó un sesgo misterioso, por lo cual fueron para mí letra muerta algunas circunstancias referentes al príncipe. Alejandra interrogó al gran músico respecto de Katia, pero aquél nada sabía de la princesita, ó

nada quería decir de ella. Esto me sorprendió, cuanto más que el recuerdo de mi joven amiga permanecía íntegro en mi memoria, y ni en sueños se me había ocurrido que en Kstia pudiese producirse la más leve mudanza. Nada significaban para mí nuestra separación, ni los años que habíamos vivido á larga distancia una de otra, sin comunicarnos recíprocamente nueva alguna, para nada tenía yo en cuenta la diferencia de nuestros caracteres y de nuestra respectiva educación; la quería con igual vehemencia que antes. En mis fantásticos sueños nos paseábamos de bracero; figurábase ser yo la heroína de cada una de mis novelas, é indefectiblemente colocaba á mi lado á mi amiga la princesita.

Decidido por el consejo de familia que me darían un profesor de canto, Buvarov nos recomendó al mejor y más conocido, y al otro día se presentó el italiano D..., que en examinándome se mostró tan entusiasmado como el ilustre músico. Luego de haber reflexionado, D... opinó que me sería más provechoso tomar lecciones en su casa

con sus demás discípulos; así la emulación me haría progresar más rápidamente y hallaría allí todo lo necesario para mis estudios. Alejandra dió su consentimiento, y tres veces por semana, una criada me acompañó, por la mañana, al Conservatorio.

Por aquel entonces sobrevino un incidente que me causó una impresión profunda y señaló mi entrada en la adolescencia. Yo tenía á la sazón diez y seis años cumplidos, y una apatía indefinible se iba ensafioreando de mí: era la reacción natural de los fogosos ímpetus que precedieran á tal período. Constantemente era pábulo de una como angustia sorda y verdaderamente inaguantable.

Mis ilusiones iban desvaneciéndose una tras otra, no precipitadas por las circunstancias, sino á causa de ir perdiendo yo la fuerza de exaltación capaz de sustentirlas. A mis entusiasmos de niña inexperta sucedía la más fría indiferencia, y aun mi arte, para mí tan querido, al que todos tan bien acogieran, no tenía ya tan poderosos atrac-